

Morir a Bagdad

El drama, de cerca

Morir a Bagdad

De Teatre per la Pau. Direcció: Josep Rodri. Mercat Municipal de Tàrraga, 2 de noviembre.

BEGOÑA BARRENA

Hay acciones, *performances* o montajes efímeros que mueren enseguida porque su vocación queda muy lejos de los circuitos comerciales y del interés de los medios de comunicación. Si se trata de un montaje teatral al margen de los teatros de la ciudad, pensado además para ser representado en bosques, explanadas o espacios que permitan una disposición del público poco convencional, las posibilidades de que llegue a trascender son mínimas. Éste ha sido el caso de *Morir a Bagdad*, una iniciativa del colectivo Teatre per la Pau que se estrenó el pasado mes de julio en el huerto del rector de Santa Maria de Mataró. Le siguieron otras dos funciones el pasado septiembre en la explanada del taller de escenografía que los hermanos Castells tienen en Santa Agnès de Malanyanes, cerca de Cardeu. El domingo pasado el montaje pudo verse en el Mercat Municipal de Tàrraga.

Morir a Bagdad surgió a partir de una idea de Josep Rodri con la guerra de Irak como telón de fondo. En él participan 38 actores y actrices aficionados de todas las edades que incitan a la reflexión sobre esta última guerra en concreto y en general sobre todas las guerras, sus intereses y consecuencias.

38 ataúdes

El montaje empieza con un recorrido —silla plegable y linterna en mano que suministran los de la organización— delimitado por unas lucecitas que se definen como pequeñas bombillitas dispuestas cada una en la parte superior de los 38 ataúdes que se hallan dispersos por la zona. Ataúdes simples de madera clara y tosca, abiertos, en cuyo interior yace una persona: hombres, mujeres, jóvenes y niños que representan sólo una pequeña parte de las víctimas de la guerra de Irak.

A medida que los espectadores se sientan al lado de los ataúdes de manera repartida y en silencio, los personajes de su interior abren los ojos y, con la mirada fija en el infinito, cuentan su historia. Voces anónimas, testimonios conmovedores de personas inocentes que han visto sus vidas truncadas sin acabar de entender por qué. Historias ficticias, desde luego, pero basadas en una guerra real, lo que las hace más estremecedoras porque a nadie se le escapa que la realidad supera siempre a la ficción. La escasa hora que dura el montaje no da para seguir más que cinco o seis historias.

De repente, una ensordecedora sirena interrumpe los relatos. Las víctimas se levantan, se agrupan y, con el sonido atronador de la explosión de una bomba, todas caen al suelo. Puede que lo que sigue, las palabras de otra víctima al son de *El cant dels ocells*, esté de más. En cualquier caso, no es un montaje que se olvide fácilmente. Sirvan estas palabras para ayudar a que trascienda.